

Lope de Vega

La Buena Guarda o Encomienda Bien Guardada

Índice

La buena guarda o encomienda bien guardada

Dirigida a D. Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Dirigida a D. Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla

Habiendo leído este prodigioso caso en un libro de devoción de una señora destes reinos, me mandó que escribiese una comedia, dilatándole con lo verosímil a sus tres actos; representóla Riquelme, y después de algunos años llegó a mis manos, y he querido darla a luz, para que sea más común a todos tan raro ejemplo. Las virtudes de vuesamerced me obligaron a dedicársela; cosa a que tenía tan hecha la mano, que luego me llevó tras la imaginación la pluma. A sombra de su valor tuvo vida mi Angélica, resucitó mi Dragontea y se leyeron mis Rimas; y si vuesamerced, por modestia, no me hubiera mandado que no pasara adelante en esta resolución tan justa, mi Jerusalén tuviera el mismo dueño; y así le di a nuestro gran Monarca, Rey de dos mundos; porque, en mi opinión, desde la excelencia de los ingenios sólo se puede pasar a la majestad de los príncipes, y aun esto por seguir la opinión del Filósofo en sus Éticas: «que el arte del gobernar tiene el principado en todos los demás artes.» Amo a vuesamerced tan aficionadamente, y tienen desta verdad tanta satisfacción los que han leído mis escritos, que, o sería decir lo dicho tratar aquí sus alabanzas, o gastar vanamente las palabras, como los que aconsejan a los que están persuadidos; que, aunque sea bueno lo que tratan, como casa sin efecto, no se escucha: sólo esto diré con Platón, que la dificultad que puso en hallar «un hombre varonil, ingenioso y humilde» (así lo refiere en el Diálogo de ciencia, hablando Teateto con Sócrates), no se lo pareciera si hubiera conocido las partes que admiran cuantos conocen su raro ingenio, magnánimo corazón y profunda mansedumbre; antes creo que le hubiera dado el lugar que en el mismo diálogo a Teodoro Tarsio o Euclides. Vuesamerced no admita esta memoria con lo que el nombre suena; sino con la definición de Aristóteles; que si ella lo es de las cosas pasadas, la opinión es fe de las porvenir, donde aun espero que vuesamerced me conozca más agradecido, y siempre firme en aquella primera verdad con que supe estimalle, y estimé conocele. Dios guarde a vuesamerced. Capellán y aficionadísimo servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

Acto primero

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

LEONARDA.Catalina.

DOÑA LUISA.Vivar.

UN ESCUDERO.Mariana.

DON JUAN.Luis.

DON LUIS.España.

EL HERMANO CARRIZO, sacristán.Basurto.

FÉLIX, mayordomo.Olmedo.

DOÑA CLARA.María de Argüello.

DOÑA ELENA.Catalina.

DON PEDRO, su padre.Quiñones.

RICARDO, viejo.España.

DON CARLOS.Benito.

LOS MÚSICOS.

Entren dos damas, con mantos, y sus escuderos.

LEONARDA Tarde pienso que venimos.

DOÑA LUISASin misa nos quedaremos.

ESCUDEROLA intención ofreceremos.

LEONARDACulpa de tardar tuvimos;

aunque yo, por aguardaros,

la tengo mucho mayor.

Dos galanes entren por la otra parte.

DON JUANayer me dijo Leonor

que esto viniese a avisaros;

y pienso que recibís
justamente estos favores,
pues tan honestos amores
a casaros dirigís;
que yo culpo grandemente
los mancebos atrevidos,
no sólo que divertidos
están mirando la gente,
mas que quiten del altar
por un instante los ojos.

DON LUIS Destá guerra los despojos
a su templo se han de dar.

En sus gradas nos veremos
yo y Leonarda, si Dios quiere;
y pues es bien que espere,
no es mucho que a verla entremos.

El matrimonio, don Juan,
es sacramento; ese intento,
y a fin deste sacramento,
licencia a los ojos dan.

Miro una honesta mujer,
que la miro para mía.

DON JUAN Traigan los cielos el día
en que ya lo venga a ser.

DON LUIS ¿Podré en el agua bendita,
donde la mano metió,
ponerla yo?

DON JUAN Nunca yo
supe más de que nos quita
pecados y tentaciones,
porque es arma que defiende
contra el demonio, que emprende
encender nuestras pasiones.

Para templar las de amor
no fuera mal instrumento,
si fuera bueno el intento.

Entre el hermano Carrizo, sacristán, con su sobrepelliz.

CARRIZO; Alabado sea el Señor!

DOÑA LUISA Dígame, hermano Carrizo,
¿habrá misa?

CARRIZO Misa habrá,

aunque por milagro ya,
que un extranjero le hizo;
que si agora no viniera
de camino, como digo,
no había con Ciudad-Rodrigo
quien decírsela pudiera.

¿Por qué se levantan tarde?

¡Que las valga Dios, amén!

Digan, hermanas, ¿es bien
que la misa las aguarde?

Lo primero que el cristiano,
luego que el alba le avisa,
ha de hacer, es oír misa,
por pedirle a Dios temprano
que los pasos de aquel día
en su servicio se den,
y por librarse también
de aquel traidor que porfía,
como sangriento león,
devorar nuestra inocencia.

LEONARDA; Qué santidad!

DOÑA LUISA ¡Qué advertencia
tan digna de estimación!

CARRIZO Si ellas salen a las nueve
con un manteo bordado
de entre el cambray delicado,
como unos copos de nieve;
y puestos en sus chapines
los pies, aun no se persinan,
que como grullas caminan
al estrado y los cojines;
y sentadas en damasco,
piden con grande medida
el cofre de la hermosura,
que abierto puede dar asco
a un enfermero de sala
de cámaras, ni hay pintor

que tan diverso color
ponga en la tabla o la pala,
porque puede en este almario,
de ver por varias recetas
tantos botes y cajetas,
confundirse un boticario;
y la primera oración
es consultar el espejo,
con notable sobrecejo
de ver su misma visión;
y luego, abriendo la boca,
hacer tres o cuatro gestos
más locos y descompuestos
que una mona cuando coca;
y con un paño de dientes
acicalar las espadas
que el sueño tuvo envainadas,
en manjares diferentes;
dalle con polvos al hueso
y con la sangre de drago
o aceite de azufre, en pago
de algún hurtado suceso;
y si tras esto limpiáis
la cera y la palomina
que hizo el labio clavellina,
mientras vos os engañáis;
y si luego hay lavatorio,
y la redoma enjuagáis
para que aljófara hagáis
lo que Dios hizo abalorio;
y tras esto, echáis encima
dos capas de solimán,
que los ciegos las verán,
aunque os preciéis de más prima;
si luego (y no es maravilla),
como veis que es carne falsa,
porque se coma con salsa,
calentáis la salserilla,
y os ponéis, con más primor
que una gata que se afeita,

ese color que deleita,
aunque fingido color;
y en tierra como ceniza
sembráis claveles, y luego
sacáis cabellos que el fuego
o el cordel quiebra y enriza,
hebras por fuerza doradas,
de que es el sol buen jüez,
y que pueden ser tal vez
canas mal disimuladas;
y gastáis en la cabeza
otras dos horas, tejiendo
lazos en que va cayendo
la ignorancia y la simpleza;
y por uno y otro lado
andáis tomando consejo
tan prolijas, que el espejo
da bostezos de cansado;
si luego viene el vestido,
y encima os ponéis el dote,
aunque el pueblo se alborote
y no se alegre el marido;
si luego hacéis con el oro
vuestro pecho aparador,
y luego el quemado olor
os inciensa el bajo coro,
y salís que parecéis
el pabellón de Holofernes,
y como el domingo, el viernes
en esto os entretenéis,
¿qué misa a buscar venís
a las dos, pues no a mirar
salís el divino altar;
que a ser miradas salís?
Y aunque tanta pepitoria
os cuesta cuidado eterno,
considerad que hay infierno,
muerte y vida, pena y gloria.
LEONARDA Basta, hermano, que se ha hecho
satírico.

carnestolendas, no hay más?
DOÑA LUISA Sufre, que es santo, Leonarda.
DON JUAN Acá en la puerta la aguarda,
y hablarla, don Luis, podrás;
que éste hará grande misterio
de cualquier cosa que impida.
DON LUIS No he de venir en mi vida
a misa a este monasterio.
CARRIZO Vayan, y estén apartados
y con mucha devoción.

Entranse en la iglesia los galanes y damas, quedando solo Carrizo.

Siempre de ignorantes son
los sacristanes culpados,
y no ven sus ignorancias
los que respeto no tienen.

Toquen dentro.

Son es éste... Danzas vienen.
¿En qué Italías, en qué Francias
se celebra el Carnaval
con mayor solicitud?
Perdone Dios la inquietud.
¿Hay tal son? ¿Hay son igual?
Todos andan de alboroto.
Quedito, bravas cosquillas,
porque no podré sufrillas,
y andará todo a lo roto.
Ellos tornan a tocar.
Quedo, pies. Mas ¿qué se pierde
de oír cantar, si no es verde
lo que empiezan a cantar?

Canten dentro:

Si decís de la aldeana
que con sayuelo de grana
excede a la cortesana

en limpieza y en blancura,
ara, ven y dura,
aunque se alborote el cura.
CARRIZO Todo me estoy deshaciendo,
como torrezno en sartén.
¡Lindo son! ¡Y cantan bien!
¿Qué es esto, pies? No os entiendo.
Haremos una floreta
siquiera, y la sotanilla
levantando a la rodilla,
sonaremos castañeta.
¡Tened, por amor de Dios,
que me pico! ¡Pies, teneos!
¡Ay, Jesús! ¡Qué bamboleos!
No más, pies; oigámonos.

Canten:

Si decís de la barbera
que parece por defuera
vajilla de Talavera.
En el lustre y la blancura,
ara, ven y dura,
que amor es todo ventura.
CARRIZO ¿Qué es lo que dijo de amor
y de la barbera? ¡Ay, cielo!
¿Soy yo de bronce? ¿Soy hielo?
En la puerta estoy mejor:
desde aquí los quiero ver.
Ya pasan. Ya vuelve el son,
pues Carnestolendas son;
sotana, no hay que temer.

Los músicos y cuatro o seis máscaras de hombres y mujeres, bailando.

Canten:

Si decís de la del sastre,
que tiene por gran desastre
que falte a su nave lastre
en la mejor coyuntura,

ara, ven y dura,
aunque se alborote el cura.
Si decís de la mujer
del letrado, puede ser
que dé mejor parecer
en los pleitos que procura
ara, ven y dura,
que el amor todo es ventura.

Éntrense con mucho regocijo.

CARRIZO ¡Que hube yo de ser agora
destas monjas sacristán!
Enloquecido me han.
Pues ¡es que el son empeora!
¡Alzaos, señora sotana!
Tras ellos la calle tomo...
Mas éste es el mayordomo.
¡Qué breve es la gloria humana!

Félix entre.

FÉLIX Doña Clara me ha mandado,
Carrizo hermano..., esté atento...,
que dé a hacer el monumento
que ayer dejamos tratado.
Quiere que nuevo se haga
y que se pinte y se dore...,
esté atento..., y se mejore,
y el pasado se deshaga,
para que se eche de ver
en toda Ciudad Rodrigo
que es abadesa...

CARRIZO Eso digo,
y es muy principal mujer.
¡Qué lindo ara, ven y dura!
Aún se me bullen los pies.

FÉLIX ¡Qué es eso que dice?

CARRIZO Que es
notable la arquitectura,

primero, y fuera mortal,
que no hay mal que tenga igual
a amar imposiblemente.
¡Ay de mí, que no me he visto
jamás en dolor tan fiero,
y más cuando considero
que es Clara esposa de Cristo!
Pues ¿qué intento? ¿Qué pretendo?
Que si ofendo tal Esposo,
pensamiento peligroso,
advertir a quién ofendo.
Mas ¿cómo podré vivir?
Porque llega ya mi fuego
a tanto desasosiego,
que se lo pienso decir.
Ya vengo determinado:
pasos, no volváis atrás,
porque imagino que es más
matarme desesperado.
Deo gratias. ¡Oh, qué mal digo,
que no es dar gracias a Dios,
sino ofenderle! Mas vos
templad, Señor, el castigo.
Deo gratias. A mi señora
la Abadesa, sórora Juana.

Dentro:

Aquí está Félix.

DOÑA CLARA

Mañana

dirás que vuelva Teodora.

Entre doña Clara, monja, en el hábito que parezca más a propósito.

DOÑA CLARA Félix, ¿qué hay de nuevo allá?

¿Vino el trigo? ¿Hízose cuenta
con Esteban? ¿Qué hay? ¿Qué intenta?

¿Cuándo vendrá por acá?

¿Advertiste lo que os dije
del monumento? ¿Qué es esto?

más claridad que en el día.
Por santa, en tan verdes años,
deste convento os han hecho
Abadesa.

DOÑA CLARA No sospecho
que en eso estén vuestros daños;
que si es falta que le hacéis
al convento, hoy me prefiero
a pagar con mi dinero:
no os ahorquéis ni lloréis.

FÉLIX Dicen mil cosas aquí
de vuestra gran santidad.

DOÑA CLARA Cuando eso fuera verdad,
más podéis fiar de mí.

FÉLIX Señora, yo quiero bien;
que no es falta de dinero
mi mal, sino que no espero
que algún remedio me den.

Ya os he dicho mi dolor.

DOÑA CLARA ¡Jesús! ¿Por eso lloráis?
Si alguna doncella amáis,
casaos, que de aquesa amor
quedará servido el cielo.

FÉLIX No puede ser, que es casada,
que deso tengo anegada
el alma entre fuego y hielo.

DOÑA CLARA ¡Casada!

FÉLIX Señora, sí,
y es tan alto su Marido,
que tiemblo verle ofendido
de mi pensamiento aquí.

Tiene notable poder;
mas también es pñ adoso.

DOÑA CLARA Habrá de ser riguroso
si vos amáis su mujer.

Mas yo haré hacer oración,
con disciplina y ayuno,
por vos.

FÉLIX No sé yo que alguno
mueva mi loca intención.

DOÑA CLARA No veáis esa mujer.
FÉLIX¿Qué importa, si ya la vi?
DOÑA CLARARogaldo a Dios, fiad de mí;
que lo mismo pienso hacer.
FÉLIX De otra manera sé yo
que me podréis remediar.
DOÑA CLARAAunque la pudiera hablar,
líbreme Dios; eso no.
¿Cosa que el demonio acaso
os haga amar religiosa?
FÉLIXReligiosa, y tan hermosa,
que por sus ojos me abraso.
DOÑA CLARA ¡Jesús! ¿Quién es?
FÉLIX Vos, mi bien.
Temblando estoy. Perdonad.
DOÑA CLARAAunque con riguridad
responderos fuera bien,
no quiero descomponerme,
que basta por testimonio
de que os incita el demonio,
que es astuto y nunca duerme,
ver la desesperación
con que os obliga a mataros.
Mas yo quiero consolaros
con irme a hacer oración
y alguna más penitencia,
por afear la hermosura
que os obliga a tal locura.
FÉLIX¿Qué humildad y qué paciencia!
Dadme, señora, perdón.
No os ofenderé en mi vida.
DOÑA CLARAFraca será, resistida,
la más fuerte tentación.
FÉLIXNo sea con vos malquisto.
DOÑA CLARASi el demonio os tienta hoy,
acordaos, Félix, que soy
esposa de Jesucristo.

Váyase.

FÉLIX No más, desatinado pensamiento:
Clara me ha dado luz más que el sol clara,
porque los claros rayos de su cara
me enseñaron mi loco atrevimiento.
Ya tengo diferente sentimiento;
con justa causa mi temor repara.
Detén, Señor, la rigurosa vara;
no me mandes prender, ya me presento.
Todo eres manos y ojos; no hay valerse,
de tu esposa el adúltero en fiarse
que podrá del secreto socorrerse;
que cuando pueda en el abismo entrarse,
no puede de tus ojos esconderse,
ni puede de tus manos escaparse.

Váyase, y entren don Pedro y Ricardo, viejos.

DON PEDRO Conozco bien ese mancebo ilustre,
y sé las partes tuyas, que bastara
tu autoridad y estar yo satisfecho;
que lo que cuadra con el gusto tuyo,
bien puede ser satisfacción del mío.

RICARDO Es don Carlos un hombre de aquel talle,
y tiene condición tan generosa
(fuera de ser mancebo virtuoso),
que por ella pudiera ser bienquisto,
no sólo entre sus deudos, entre bárbaros.

Yo tengo para mí que doña Elena
no puede hallar su igual; y aunque sois padre,
creo que en desear su bien y aumento,
don Pedro, os aventaja el amor mío.

DON PEDRO ¿No venía con vos?

RICARDO Aquí venía,
y aguardó en el portal.

DON PEDRO Desde la reja
me pareció...

RICARDO Verdad, no he de negarlo;
y pues venís en ello con tal gusto,
béseos las manos.

DON PEDRO Será bien que agora...

RICARDO Yo no os dijera cosa que no fuera muy conforme al honor de vuestra casa. Hablad y velde; que si fuera padre, primero me casara con mis yernos, que darlos a mis hijas.

DON PEDRO Y aun es justo, primero contentar del padre el gusto.

RICARDO ¡Hola! Llama a ese noble caballero que me aguarda a la puerta.

DON PEDRO Yo le estaba aficionado ya de sólo verle; mas bien será que vamos con espacio, que esto de casamientos, dijo un hombre que era como la tecla de los órganos, que en todas era bien poner los dedos.

RICARDO Tocad en su nobleza, en sus costumbres, en sus inclinaciones, en su trato, en sus amigos, en sus deudos; todo lo hallaréis de una misma consonancia.

Don Carlos entre.

DON CARLOS Bésos los pies mil veces.

DON PEDRO No es mi casa, señor don Carlos, tan extraña.

DON CARLOS Ha sido encogimiento más que otro respeto; que bien sé la merced que siempre hiciste a mis padres.

DON PEDRO Yo fui servidor suyo, y vuestro lo seré si se ofreciere ocasión de serviros.

RICARDO ¿De qué sirven los vanos cumplimientos? Yo he tratado vuestra intención, don Carlos, libremente con el señor don Pedro, y él responde que holgará de teneros por su hijo.

DON CARLOS Agora con más veras por el suelo os besaré los pies.

DON PEDRO Señor don Carlos,

no, ¡por mi vida!, ni esto aquí se trate,
que podrán entenderlo los criados,
y publicarse en la ciudad sin tiempo;
que un casamiento es pretensión de un hábito,
donde suelen hablar los enemigos.
Ya sabéis que yo tengo a doña Elena,
después que Clara religión profesa,
casi por mi heredera; porque creo
que ha de dar don Bernardo en esto mismo.
Es la luz de mis ojos, y merece
serlo por su virtud. No puedo daros
otro dote mayor que lo que digo.
DON CARLOS En llegando a tratar de dote alguno,
pierde, señor, valor mi pensamiento.
Suplícoos que dejéis esas bajezas
para quien piensa que consiste en oro
del casamiento el singular decoro.
Yo quiero a doña Elena por sí misma
y porque es hija vuestra: aquesto basta.
DON PEDRO Añadiréis amor y obligaciones,
Carlos, con eso, y vos seréis el dueño
de la hacienda que tengo. Hacedme gusto
de ir a la iglesia y esperarme.
A Dios este suceso encomendemos,
y en el claustro los tres le trataremos.
DON CARLOS Voy me alegre, señor, y confiado
de que soy vuestro hijo.
DON PEDRO Yo me honro,
don Carlos, de que vos me llaméis padre.
RICARDO Huélgome de que Carlos os contente.
DON PEDRO La modestia en el mozo siempre agrada,
porque es la libertad necia y cansada.

Váyanse don Carlos y Ricardo.
Elena.

DON PEDRO ¡Elena!

ELENA ¿Qué me mandas?

DON PEDRO ¡Qué de presto
me respondiste! ¿Estabas escuchando?

ELENA ¿Yo, señor? Pues ¿yo entiendo en tus negocios,
o tengo de pensar que me murmuras?
Los que escuchan es gente sospechosa,
y que tiene por qué.

DON PEDRO ¿No has entendido
que te quiero casar?

ELENA Ni imaginado;
que tengo más envidia a doña Clara
por vivir religiosa, y de tal suerte,
que por su santidad, en verdes años,
gobierna a las demás, que si tuviera
ceptro del mundo y su señora fuera.

El hermano Carrizo, con un tabaque, y su herreruelo, y sombrero.

CARRIZO Deo gratias. ¿Quién está acá?

DON PEDRO ¿Es el hermano Carrizo?

CARRIZO Tan grande como me hizo
quien deshacerme podrá.
El Niño Jesús los guarde.

¿Están buenos?

DON PEDRO ¿No lo ve?

Y él, ¿tiene salud?

CARRIZO No sé.

Bueno me siento esta tarde;
Dios sabe quién ha de estar
vivo mañana.

DON PEDRO Es ansí.

CARRIZO Y ella, ¿está buena?

ELENA Yo sí.

¿Ya no me llega a abrazar?

CARRIZO Como vengo embarazado...

ELENA Llegue, porque algo me pegue.

CARRIZO ¿De qué?

ELENA Y mire que le ruegue
a Dios con mucho cuidado
que me haga buena.

CARRIZO Sí haré
en mis pobres oraciones,
y allá con los canelones

algo desto le diré.
Su hermana y nuestra abadesa,
que Dios guarde, acá le envía
esta fruta; y a fe mía
que de no poder me pesa
probarla, porque hoy ayuno.

ELENA ¡Qué santidad!

DON PEDRO Es ejemplo
desta ciudad.

ELENA Aquel templo
no produce árbol ninguno
que de tal fruto no sea.

DON PEDRO Hermano, un negocio emprendo
que será remedio, entiendo,
de mi hija. Si desea
su bien, encomiende a Dios
su buen suceso.

CARRIZO Sí haré,
aunque pecador. A fe
que es casamiento.

ELENA Los dos
tratábamos desto agora.

Ruéguelo a Dios por allá.

DON PEDRO Clara, hermano, ¿cómo está?

CARRIZO Muy buena está mi señora;
aunque con ayunos tales,
disciplinas y abstinencias
y espantosas penitencias,
salen al rostro señales
de lo que en el cuerpo pasa.

DON PEDRO De escuchallo me enterezo.

CARRIZO A dar probado me ofrezco,
con las más santas de casa,
que es ángel en velo humano.

DON PEDRO ¡Gracias a Dios! Mira, Elena,
que seas tan santa y buena,
con tal ejemplo en la mano.

Ven; que le quiero enviar
un regalo.

ELENA Y yo también.

CARRIZO Dígame, hermana, ¿con quién,
con quién se quiere casar?

ELENA Con don Carlos... ¿No conoce
a don Carlos?

CARRIZO ¡Pesia tal!

Es hombre muy principal:
Cuatro mil años le goce.
En verdad que he de venir
a la boda.

ELENA Ruegue a Dios
que nos casemos los dos...

CARRIZO Diga lo que iba a decir.

ELENA Que yo le mando de paño
de Segovia un herreruelo
y una sotanilla.

CARRIZO El cielo
le dé un hijo al primer año...

ELENA Hoy se han de hacer los contratos.

CARRIZO Y tantos le dé después,
que no conozca en un mes
las calzas ni los zapatos.

Váyanse y Félix entre.

FÉLIX Extraño pensamiento,
quimera a lo divino,
infierno de mis locas esperanzas,
esperanza en el viento,
que con tal desatino
presumes que del sol el rayo alcanzas,
¿qué vanas confianzas
de un morir atrevido
llevan tu mariposa
a la luz amorosa
del mismo fuego que arde tu sentido?
¿Adónde vas? ¿Qué quieres?
Más es un ángel que cien mil mujeres.
Advierte lo que emprendes,
advierte lo que sigues.
¿Desto han servido tantas oraciones?

¿Cómo de nuevo enciendes,
sin que átomo mitigues
de mis locas y bárbaras pasiones,
mis ciegas pretensiones?
¿Ya no estaba acabado?
¿Ya no me arrepentía?
¿Ya temprar no quería
con la virtud de Clara mi cuidado?
¿Qué puede haber que esperes?
Más es un ángel que cien mil mujeres.
No es mujer la que adoras.
Detente, pensamiento;
ángel es Clara, el nombre lo declara.
Su honestidad desdoras,
con loco atrevimiento,
que en un abismo de tinieblas para.
Pensé que descansara
cuando vi la paciencia
con que sufrió el camino
que abrió mi desatino
contra su honestidad y su inocencia.
¡Que de nuevo me alteres!
Más es un ángel que cien mil mujeres.
¡Oh, cielo riguroso!
Ya no como ni duermo,
perdido estoy de llanto y de tristeza;
parezco, sin reposo,
un abrasado enfermo
que no hay donde descansen la cabeza.
Fuentes de su belleza
se me están acordando:
los cristales que veo
con ardiente deseo,
dulce muerte me están pronosticando.
¡Oh, amor! Infierno eres.
Más es un ángel que cien mil mujeres.
Yo no desesperara
si cien mil pretendiera,
aunque fueran más altas que la luna;
pero si doña Clara

es ángel, ¿quién creyera
que la emprendiera confianza alguna?
El amor me importuna,
el miedo me detiene,
a hablarla no me atrevo,
porque es volver de nuevo
a despertar su ira... Mas ya viene.
¡Oh, amor! ¡Que perseveres!
Más es un ángel que cien mil mujeres.

Doña Clara.

DOÑA CLARA Dijéronme que llamabas.

FÉLIX Vino aquel recaudador
por quien ayer preguntabas.

DOÑA CLARA ¿Qué dice?

FÉLIX Que es ciego amor.

DOÑA CLARA ¿Cómo o qué? ¿Con quién hablabas?

FÉLIX No sé lo que te decía,
si va a decir la verdad.

Llego a tal temeridad,
que he de matarme este día.

DOÑA CLARA Pues ¿qué te ha dado?

FÉLIX No sé;

sé que he rezado, ayunado,
y sé que me quebranté
a azotes, y no ha bastado.

DOÑA CLARA ¿Qué dices, hombre sin fe?

Si tú a Dios te encomendaras,
y orando perseveraras,
Dios te ayudara. ¿Qué dudas?

Mas tú sus auxilios mudas,
porque en deleites reparas.

Si no llevas intención
y casto y limpio deseo,
¿de qué sirve la oración?

FÉLIX Pues ¿qué he de hacer, si te veo
con tal gracia y perfección?

Dios ¿no te hizo?

DOÑA CLARA Es así.

FÉLIX Yo quiero lo que Dios hizo.

¿De qué te quejas de mí,

si el cielo se satisfizo

del valor que puso en ti?

DOÑA CLARA ¡Quedo, loco! ¿Qué es aquesto?

¿Tú hablas tan descompuesto,

que hasta a los cielos se atreve

tu lengua?

FÉLIX Ponme esa nieve

sobre aquestos labios presto;

ponla presto, que me abraso.

DOÑA CLARA Algún demonio te incita.

FÉLIX ¡Esto por un ángel paso!

DOÑA CLARA Nunca mi Esposo permita

tan feo y enorme caso;

porque si la vez primera,

necio, te hablé con blandura,

fue pensando que no fuera

adelante la locura,

que en su rigor persevera.

Hoy te he de hacer despedir,

y que esta mayordomía

otro la venga a servir.

FÉLIX Detente, señora mía;

perdón te quiero pedir.

Mira que perdona Dios

a los que a sus pies se humillan.

Roguémoselo los dos.

DOÑA CLARA Mucho, Señor, maravillan

las grandezas que hay en vos.

Dos veces he derribado

este enemigo atrevido.

Félix, ya estás perdonado,

porque el verte arrepentido

y llorando, me ha obligado.

El tiempo es santo: repara

en que Dios murió por ti.

Haz penitencia y declara

tus culpas.

FÉLIX Harélo así,

y tú se lo ruega, Clara.

DOÑA CLARA Esa palabra te doy;
desde aquí a encerrarme voy.

Confiésate.

FÉLIX Tú verás
que no he de inquietarte más.

DOÑA CLARA ¡Ay, Señor, la culpa soy!

Váyase.

FÉLIX ¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,
y cuántas con vergüenza he respondido,
desnudo como Adán, aunque vestido
de las hojas del árbol del pecado!
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido,
y atrás volví otras tantas, atrevido,
al mismo precio en que me habéis comprado.
Besos de paz os di para venderos;
pero si fugitivos de su dueño,
hierran cuando los hallan los esclavos.
Hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
clavadme vos a vos en vuestro leño,
y tendréisme seguro con tres clavos.

Váyase, y entren don Carlos y Carrizo.

DON CARLOS Sé que vos entráis allá.

CARRIZO Yo no le digo que no,
que allá voy mil veces yo
para saber cómo está.

Mas cierto que me he espantado,
y la causa no sospecho,
de que un negocio tan hecho
se hubiese desconcertado.

DON CARLOS Hay siempre, hermano Carrizo,
malos terceros en todo.

CARRIZO ¡Ah! ¡Que se pongan del lodo!

DON CARLOS Ya sé yo quién lo deshizo;
pero acabara de dar

en tierra mi pretensión,
 si yo en aquesta ocasión
 me pretendiese vengar.
 CARRIZOY en cualquiera tiempo es malo,
 señor don Carlos, vengarse;
 eso a Dios ha de dejarse,
 que tiene Dios por regalo
 satisfacer los agravios
 de quien se los deja a él.
 DON CARLOSEllo fue cosa cruel:
 yo tengo el alma en los labios:
 muero por la bella Elena.
 CARRIZONo diga tal, que es pecado.
 DON CARLOSSi es voluntad de casado,
 para santo fin se ordena;
 ya don Pedro me la daba,
 y cierto competidor
 no trató bien de mi honor.
 CARRIZOMucho la prudencia alaba
 el agravio en el discreto;
 tórnelo a tratar.
 DON CARLOS Sí haré;
 pero entretanto no sé
 que con hombre más secreto
 pueda animar a quererme
 a mi Elena, que con él.
 ¿No la llevará un papel?
 ¿No querrá este bien hacerme?
 Que en casándome, le juro...
 CARRIZO¡Abernuncio, Satanás!
 ¿Yo papel? Es por demás.
 DON CARLOSPues si casarme procuro,
 ¿no ve que se sirve Dios?
 Tome esos cuatro doblones.
 CARRIZOPara santas ocasiones,
 y siendo santos los dos,
 y tan santo el pensamiento
 desta santa pretensión,
 aún parece que es razón
 ayudar su casamiento.

¿Oye? Váyase con Dios,
que hoy la señora Abadesa,
que de envialle no cesa
recados de dos en dos,
allá me enviará, y daré
este papel a su Elena.
Pero mire que se ordena
para que con ella esté
en servicio del Señor.
DON CARLOSEso es sin duda. Adiós quede.

Váyase don Carlos.

CARRIZO¡Oh, cuánto el dinero puede!
Más puede que el mismo amor.
Quiero esconder el papel
para hablar con doña Clara,
que en sólo verme la cara,
me dirá cuanto hay en él.
Entraré en la portería,
que está hablando con fray Juan;
los dobloncillos me dan
una intrínseca alegría,
que estoy cosquilloso todo;
no puedo disimular.

Doña Clara.

DOÑA CLARAAllá lo pueden dejar
concertado de ese modo,
y las joyas de la palia
entréguenmelas a mí.

CARRIZOYa huele a santos aquí;
que no hay tal ámbar ni algalia.

DOÑA CLARA Deo gratias.

CARRIZO Por siempre.

DOÑA CLARA

a mi hermana aquel recado?

CARRIZODado está, y aun olvidado.

DOÑA CLARAY ¿respondió?

¿Dio

pues no es posible que basten
diligencias ni temores.

DOÑA CLARA Tente, Félix, no te mates.

FÉLIX ¿Cómo que no?

DOÑA CLARA

Escucha un poco;

escucha, así Dios te guarde,
verás la mayor desdicha
que en nuestra flaqueza cabe:

el día que me dijiste

amores o disparates,

no pude dormir, pensando

los efectos que amor hace;

y de pensar los efectos,

me nació el determinarme

a quererte; más callé

porque tú perseverases.

La segunda vez, ¡oh, Félix!

Hice mucho en despreciarte,

porque ya entonces temía

que de temor me olvidases.

Muchas diligencias hice;

pero no fueron bastantes

a contrastar la memoria

de lo que allí me contaste;

que mientras más resistía,

más sentía desatarme

las venas en vivo fuego,

si hay fuego que tanto abraza;

que se imprimieron en mí

las lágrimas que lloraste,

de suerte, que se mezclaron

en el alma con mi sangre.

Alterado el corazón,

daba golpes desiguales,

como que puerta pedía

para salir o matarme.

No he comido ni dormido,

buscando para mirarte

las rejas y celosías,

o en la iglesia o en la calle.

Ayer me determiné
que si volvías a hablarme,
de aquí contigo saldría,
para que tú me llevases
donde tu gusto quisiese;
y así, vengo a suplicarte
con lágrimas de mis ojos,
que me lleves o me mates.
FÉLIX No llores, señora mía;
mi bien, no llores, que haces
ofensa a los claros soles
que desos orientes salen.
Detén el cristal corriente
que de las entrañas nace,
que yo imaginaba peñas,
y ya son tiernos cristales.
Yo soy un esclavo tuyo:
como a tal puedes mandarme.
¿Cuándo me mandas, señora,
que desta casa te saque?
Abrevia, que estoy muriendo.
DOÑA CLARA Mañana podrás llevarme,
cuando la confusa noche
a la mitad se levante
del cielo, y sepulte en sueño
hombres, animales y aves;
busca un vestido seglar.
FÉLIX ¿de, quién podré fiarme
para servir? Que es forzoso.
DOÑA CLARA Este Carrizo es bastante;
háblale de parte mía.
FÉLIX ¿A un santo dices que hable?
DOÑA CLARA Yo sé bien que no lo es:
contigo puedes llevarle;
yo sé que sabe traer
un papel, aunque sea un ángel
de los que tiene la tierra
la persona a quien le trae.
FÉLIX Yo lo haré, pues que lo dices,
y no hay más de que me aguardes.

DOÑA CLARA. Aguardaré como tuya.
FÉLIX. Quien amare, se declare;
porque, como persevere,
no es posible que no alcance.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

HABLAN EN EL SEGUNDO ACTO

FÉLIX. Olmedo.
CARRIZO. Bisurto.
DOÑA CLARA. María de Argüello.
UN ÁNGEL. Mariana.
UNA VOZ. Catalina Valcacer.
DON CARLOS. Benito.
GINÉS. Coronel.
CARRIZO, fingido. Vivar.
UN PASTOR. Riquelme.
UN HUÉSPED. Callenueva.
PORTERA.

Félix y el hermano Garrizo.

CARRIZO Sin sentido me has dejado.
FÉLIX Yo te he dicho la verdad.
CARRIZO; Que sufras, Suma Bondad,
tan espantoso pecado!
Mira, Félix, que del cielo
bajarán rayos de furia

si haces tan grave injuria
a su castísimo velo.
FÉLIX Deja aparte hipocresías,
loco, que ella me ha contado
que tú la has solicitado
con papeles estos días
de un caballero de aquí.

CARRIZO¿ Yo?

FÉLIX Tú.

CARRIZO Serán de su hermana.

FÉLIXPues que contigo se allana,
ella le conoce a ti;
y abreviemos. O esta daga
te ha de pasar ese pecho
(pues si te quedas, sospecho
que mayor daño me haga),
o conmigo has de venir.

CARRIZOTen la daga, que te juro
que con el alma procuro
a ti y a Clara servir.

No es mi miedo ni cumplimiento,
sino que mi propio humor
me lleva a cosas de amor
el alma y el pensamiento.

Soy retozón de mi gusto,
tierno de mi natural:

un chapín, un delantal,
me causan notable susto.

No hay cofia o cabello suelto
que no me lleve tras sí;
que vive un pimiento en mí,
en esta sotana envuelto.

En oyendo yo un cheriba,
me desato en pura miel,
porque soy tan moscatel,
que de sentido me priva.

Cuanto aquí me has visto hacer,
todo ha sido fingimiento;
que no hay centro en lo violento,
y es mi centro una mujer.

Pueden con mi corazón,
en oyéndolas hablar,
como con manteca, dar
lardo a un asado capón.
No hay almíbar que me iguale
en tratándome de amor,
porque el placer y el color
al rostro y ojos me sale.
Vaya fuera la sotana,
no haya más hipocresía;
humana condición mía,
declarad que sois humana.
Venga espada y vengan plumas,
rompan el mundo estos pies.
FÉLIXHuelgo que por tu interés
a servirme te resumas.
Clara vistiéndose está
para el camino un vestido:
lindas joyas ha cogido:
a punto las tiene ya;
yo las mulas a la puerta
de la ciudad, que un villano
guarda.
CARRIZO ¿Quién?
FÉLIX El hortelano
desa mi heredad o huerta:
no hay más de hacer una seña.
CARRIZOY yo, ¿no me he de mudar?
FÉLIXSí; mas fuera del lugar.
CARRIZOAun pienso que Félix sueña.
Félix, ¿es esto de veras?
¡Clara tan loca por ti,
que quiere salir de aquí!
¡A un ángel tan santo esperas!
¡A una mujer que por santa
la dieron este gobierno!
FÉLIXUn amor lloroso y tierno,
Carrizo, un mármol quebranta.
Mi trabajo me ha costado;
tres veces la combatí...

Retiraos los dos allí,
que un poco tengo que hacer.
FÉLIX Presto, que deben de ser
las doce.

DOÑA CLARA ¿Las doce?

FÉLIX Sí.

Retírense los dos, y ella diga:

DOÑA CLARA ¡Virgen, que estáis sobre esta puerta santa,
por donde salgo a tanta desventura,
engañada de amor con fuerza tanta,
que no repara el alma en mi locura;
vara de Araón, divina, fértil planta,
que distes al Criador, siendo criatura,
por cuyo fruto os echan bendiciones
las más fieras y bárbaras naciones;
hermosa Virgen, cándida cortina
de aquel Sol de justicia soberano;
Raquel del gran Jacob, Ester divina,
salud eterna del linaje humano,
preciosa piedra imán, que al Norte inclina,
que nos enseña siempre vuestra mano,
yo rompo la palabra que había dado
a vuestro Hijo y a mi Esposo amado!
Con lágrimas lo digo, Virgen bella:
adúltera soy ya; yo soy perdida;
que un ciego amor me arroja y atropella,
y una pasión en vano resistida.
¡Qué vergüenza que tengo, clara estrella,
divina fuente de la eterna vida,
de alzar mis feos ojos a miraros,
siendo los vuestros más que el cielo claros!
Mas ya el demonio, envuelto en mi flaqueza,
a desesperación tan grande incita
mi loca y femenil naturaleza,
que a matarme o salir me solicita.
Por vuestra intacta virginal pureza,
entre todas santísima y bendita,
María celestial, Madre piadosa,

os pido hagáis por mí sola una cosa.
No sé cómo me atrevo, cuando intento
tan gran maldad; pero por ser tan justo
lo que os suplico, tengo atrevimiento,
que no lo hiciera yo si fuera injusto;
y es que, pues yo, con loco pensamiento,
llevada de la infamia de mi gusto,
voy a perderme en tanto vituperio,
quedéis en guarda deste monasterio.
Aquí tuve el gobierno, y voy perdida;
guardad estas ovejas, Virgen santa,
pues su pastora, con infame huida,
las deja al lobo, que el ganado espanta.
No se pierda ninguna, aborrecida
de mi maldad, ni caiga en la garganta
del hambriento león, a ejemplo mío.
¡Guardaldas, Virgen; que de vos las fío!

CARRIZO Paréceme que llora.

FÉLIX No lo entiendo.

¿Si se arrepiente ya?

DOÑA CLARA ¡Virgen hermosa,
y vos, Esposo mío, aunque os ofendo,
y el hombre pierdo aquí de vuestra esposa,
guardad estas ovejas!

FÉLIX ¿Si temiendo
la justicia del cielo rigurosa,
no se atreve a partir?

CARRIZO Eso sospecho.

Llega, y esfuerza su medroso pecho.

FÉLIX ¿Qué es esto, Clara? ¿Quieres que amanezca,
y nos hallen aquí? ¿Qué estás llorando?

DOÑA CLARA Despedirme de aquí; no te parezca
mucho sentirlo, el daño imaginando.

FÉLIX No hay cosa que el temor, Clara, te ofrezca,
que no la venza el amor. ¿Qué estás dudando?

DOÑA CLARA Vamos.

FÉLIX ¿Agora el miedo te acobarda?

DOÑA CLARA ¡Virgen, en vos les dejo Buena Guarda!

Vanse.

Una voz, dentro. diga así:

VOZ Ángel, escucha.

Un ángel salga.

ÁNGEL ¡Oh, Reina de la vida!
¿Qué me mandáis?

VOZ Al punto te transforma
en esta miserable, que, perdida,
a su Esposo desprecia desta forma.
De su rostro y sus hábitos vestida,
sirve su oficio, y las demás informa
de consejos divinos.

ÁNGEL Obediente
haré su oficio mientras vive ausente.

¡Oh, poderoso Señor,
que los hombres tanto estimas!

¡Que tu justicia reprimas
y detengas tu furor!

¡Que quieras que los sirvamos
y que en su lugar quedemos,
que a los buenos los honremos
y a los malos defendamos!

Das en el desierto a Agar
en tal desdicha consuelo,
bajando un ángel del cielo;
tres haces también bajar
en el valle de Mambré,
que Abraham a adorar viene,
y otro el cuchillo detiene
por tanta obediencia y fe.

Cuando bendición le dan,
Jacob los vio por la escala,
que el cielo y la tierra iguala,
y al partirse de Labán.

Ya en la zarza que no ardía,
ya en la columna de fuego,
ya prometiéndole luego
el ángel que a Moisés guía;

ya puesto contra Balán,
ya en favor de Josué,
y ya Gedeón le ve
al huir de Madián;
ya dándole pan a Elías
y a los asirios agravios,
ya purificando labios,
poniendo fuego a Isaías;
ya en el horno a Misael,
dándole a Dios bendiciones,
ya enfrenando los leones,
sustentando a Daniel;
y ya en Betulia guardando
a Judit, casta y valiente,
ya con Tobías ausente,
su camino acompañando;
ya a Josef santo durmiendo,
y cuando a Egipto camina,
ya moviendo la piscina,
ya las cárceles abriendo;
ya en el monte Sinaí,
ya a Felipe y Pedro santo;
pero no es mucho, que tanto
les diese favor allí,
si viene a comparación
con aquesta miserable
que a su Esposo venerable
ha hecho tan vil traición.
Maitines tocan; yo quiero
ir a estar en su lugar,
pues me le manda ocupar
aquel celestial lucero.
¡Cuán mejor gobierno aguarda
su casa del que tenía!
Que después de Dios, María
fue siempre la Buena Guarda.

Váyase, y entren don Carlos y Ginés, lacayo.

DON CARLOS Yo lo tengo averiguado;

no hay que replicar en esto.

GINÉS ¿Don Juan?

DON CARLOS Don Juan.

GINÉS ¿Quién te ha puesto

con don Juan en tal cuidado,
que siempre te ha sido amigo?

DON CARLOS No hay amigos cuando es
sobre este vil interés,
y este ejemplo es buen testigo.

Dame que llegue ocasión
que pique la voluntad;
que la mayor amistad
viene a parar en traición.

Hay hombre que por su gusto,
en materia de mujer,
a su padre sabrá hacer
cualquiera engaño y disgusto.
Si saber, por dicha, quieres
quién es tu amigo, y su intento,
pruébale con mucho tiento
en dineros y mujeres,
que allí se pierden los más.

GINÉS Mejor será no proballos,
que no quiero ocasionallos
para perdellos jamás.

DON CARLOS Yo sé que me ha hecho tiro
en esta ocasión don Juan,
porque, de Elena galán,
le cuesta más de un suspiro.

Con siniestra información
a don Pedro ha persuadido,
por quien a Elena he perdido,
mi honor y reputación,
que pienso que en sangre mía
ha puesto falta; y si en ella
la dejo, vendrá a tenella
toda manchada algún día;
que de engaños de este modo
tantos peligros resultan,
que un hábito dificultan,

CARRIZO FINGIDO ¡Pues no! Véngase conmigo.

GINÉS Sepa que le soy amigo.

CARRIZO FINGIDO Diga, ¿con don Carlos Mora?

GINÉS Sí, hermano.

CARRIZO FINGIDO ¿Qué oficio tiene?

GINÉS Lacayo dicen que soy;

pero yo delante voy,

que mi amo detrás viene.

CARRIZO FINGIDO Si sirve a Dios muy de veras,

y promete desde luego

dejar mujeres y juego,

juramentos y quimeras,

seremos grandes amigos.

GINÉS Ruégueselo a Dios.

CARRIZO FINGIDO Sí haré.

GINÉS ¡Juego y mujeres!... No sé...

CARRIZO FINGIDO Son terribles enemigos.

Vayanse, y entren doña Clara y Félix.

FÉLIX En este verde prado,

donde compiten tan hermosas fuentes,

que su cristal helado,

dividido por lazos diferentes,

la hierba lisonjea,

porque jüez apasionado sea;

aquí, donde las flores

parece que se esfuerzan diligentes

a vencer tus colores,

aunque las desengañan las corrientes,

espejos de sus hojas,

contigo menos blancas, menos rojas,

puedes, hermosa Clara,

pasar aquesta siesta calurosa,

si no es que el sol se para

a verte entre estas flores, más hermosa

que Dafne y que Jacinto,

rompiendo aqueste verde laberinto.

Mira las dulces aves,

cantándote motetes acordados

con los picos süaves;
mira por los vivares los pintados
conejuelos medrosos,
del esparcido plomo sospechosos;
mira en la verde cama
la liebre temerosa, y por la selva
la presurosa gama,
que está esperando que su esposo vuelva,
y por aquesta orilla,
gimiendo en soledad, la tortolilla;
mira cuán abrazados
están aquestos chopos destas vides,
y que, como casados,
se enredan en los árboles de Alcides.
Mas, pues papel me ofrecen,
libros serán del bien, que me enloquecen.
DOÑA CLARA Pues ¿qué intentas en ellos,
dulce esposo del alma que te adora?
FÉLIXFiar mi gloria dellos,
porque me vino a la memoria agora
lo que escribió Medoro
cuando gozó de Angélica el tesoro.
DOÑA CLARA Detente, no lo escribas,
que no es Orlando el que leerlo puede,
de quien seguro vivas
con el anillo que a la vista excede,
sino quien todo es ojos,
y se podrá vengar de sus enojos.
No donde se escondía
Angélica en la India, de su furia
segura viviría,
si quisiese vengar su injusta injuria,
porque hasta el mismo infierno
abre su centro a su Jüez eterno.
Escribe, Félix mío,
tus glorias en tu pecho, que dél solo
estos secretos fío.
FÉLIXNo pienso que del uno al otro polo
hay hombre tan dichoso.
¿Eres mi esposa?

DOÑA CLARA
FÉLIX
Aquí te sienta un poco;
dormiré en tu regazo.

Y tú mi amor.
Tu esposo.

Siéntese.

DOÑA CLARA
FÉLIX; Que no se vuelva loco
quien goza un bien un tanto mal le cuesta!
DOÑA CLARA Para mayor descanso,
ya con las hojas juega el viento manso.

Un pastor.

PASTOR ¿Hay tal desdicha mía,
si yo puedo llamarme desdichado?
Pensaba que tenía
seguro de los lobos mi ganado,
y llevóme la oveja
de más hermosa y cándida pelleja.
Daré silbos mortales,
daré gritos, que atruene monte y selva
por entre estos jarales:
tanto deseo que a su pasto vuelva.
¡Hola, pastores míos!
¿Habéis visto mi oveja entre estos ríos?
Montes altos, cubiertos
de antiguos robles y robustas hayas,
de mis ovejas puertos
cuando se escapan de mis blancas playas,
¿habéis visto una oveja,
que, por ir con el lobo, el pastor deja?
¿Qué digo? ¡Hola, vaqueros!
¡Hala! ¡Aho! Montañeses cabrerizos,
celosos ganaderos,
cubiertos con espinas, como erizos,
¿habéis mi oveja visto?
DOÑA CLARA Parece que el pastor imita a Cristo.
Despertaré mi esposo...

Mas él duerme cansado, no es bien hecho.
¡Hola! Pastor celoso,
que por tu oveja se te abrasa el pecho,
parece que tu queja
se imprime en mí, con no ser yo tu oveja.
¿Qué buscas afligido?
PASTOR Una ovejuela pobre desmandada,
que ha poco que se ha ido,
de la voz de los lobos engañada.
¿Habéisla acaso visto?
DOÑA CLARA ¡Tiemblo como si viera al mismo Cristo!
PASTOR Lindas señas tenía:
toda era blanca, aunque en la frente sola
una mancha tenía;
mas no hay lirio en el prado ni amapola
en trigo, ni aun estrella,
que se pudiese comparar con ella.
Yo le puse una esquila
en un collar de más valor que el oro;
silbé, llaméla y dila
sal en mis manos por mayor decoro;
que aun por ella entre espinas
andar juzgan mis pies por clavellinas.
Hice yo mi cabaña
de tres palos, por ella, en ese monte
para que a la montaña
no se vaya perdida, y se remonte
de mi sabroso pasto,
en compañía de un cordero casto.
Mas no sirvió de nada
ni amalla ni querella ni servilla;
que cuando más guardaba,
se me fue con los lobos de la villa,
Dios sabe cómo vengo,
la sed, el ansia y el calor que tengo.
DOÑA CLARA Pastor, que tan celoso
vienes buscando tu querida oveja,
mira ese soto umbroso;
que si la sed con la calor la aqueja,
al agua vendrá luego.

PASTOR No hará, porque ya tiene muerto el fuego.

DOÑA CLARA Yo, pastor, a lo menos
no la he visto pasar por este prado.

PASTOR Teniendo vos tan llenos
los ojos del marido regalado
que tenéis en los brazos,
haciendo al cuello suyo tantos lazos,
no lo habréis advertido.
Quedad con Dios.

Váyase.

DOÑA CLARA ¡Qué hermoso y lindo talle!
¡Con qué galán vestido
andan los ganaderos deste valle!

Despierte Félix.

FÉLIX Clara, ¿con quién hablabas?

DOÑA CLARA Con un pastor, mientras durmiendo estabas.

FÉLIX ¿Qué buscaba?

DOÑA CLARA Una oveja;
que te moviera a lástima la suya,
pues que por ella deja
todo el ganado, sólo porque arguya
el amor que la tiene.

FÉLIX Quien tiene amor, con tales ansias viene.

DOÑA CLARA Sudaba, de cansado,
por un rostro que a un rey honor le diera.

Echado en el cayado
miraba selvas, montes y riberas,
a ver si parecía,
y a silbos la campaña estremecía.
Una honda de seda
de tres lazos, que en uno remataban,
porque llamarla pueda,
se pendía del cinto, que adornaban
un pasador y hebilla
labrados por extraña maravilla.
Las abarcas de pieles,

asidas con lazadas encarnadas,
a guisa de claveles
entre azucenas blancas deshojadas,
puestas me parecieron
en los pies, que este prado florecieron.
FÉLIX Sin duda que soñabas.
DOÑA CLARA Yo así lo creo, y todo ha sido un sueño.
FÉLIX Como acaso pensabas
en los amores de tu nuevo dueño,
soñabas hermosura,
y el alma fue el pincel de la pintura.

Carrizo entre de soldadete, con espada y plumas.

CARRIZO ¿Habemos hoy de acabar
de dormir y de partir?
FÉLIX Si al partir daña el dormir,
ya le comienza a dejar.
¿Has dado bien de comer
a esas bestias?
CARRIZO A esas bestias,
que sufren nuestras molestias,
les di a comer y a beber.
He comprado dos capones,
que pueden servir a pavos
los remates de los cabos,
con un par de perdigones.
Éstos van en el arzón.
FÉLIX Dios te haga bien.
CARRIZO Cada día
la bucólica me fía,
y tú verás que no son
las de Virgilio tan buenas,
aunque por lisonja estén
con aquellos versos bien
Galo, Títiro y Mecenas.
Pero falta lo mejor.
DOÑA CLARA ¿Cómo?
CARRIZO Todo es cosa vil
adonde falta un pernil;

DOÑA CLARA Notable vienes agora.
 CARRIZO Alegre traigo el sentido.
 FÉLIX ¿Adónde habemos de ir?
 CARRIZO Vamos a la gran Toledo;
 que en nombrándola, no puedo
 ni tengo más que decir.
 Gente noble, entendimientos
 raros, damas siempre hermosas.
 DOÑA CLARA ¡Qué cosas tan enfadosas!
 CARRIZO ¡Celos?
 DOÑA CLARA No.
 CARRIZO ¿Qué?
 DOÑA CLARA Pensamientos.
 CARRIZO Digo que no vamos ya;
 y si buscas gente fea,
 pasémonos a Guinea,
 que no habrá celos allá,
 porque en Mandinga y en Zape
 nunca han entrado los celos,
 si no es que quieran los cielos
 que dellos nadie se escape.
 ¡Pardiez, vamos a Sevilla!
 FÉLIX ¡Oh, qué famosa ciudad!
 CARRIZO Y de mayor libertad
 que las que tiene Castilla,
 porque la gran confusión
 de grandeza y forasteros,
 de naves y de extranjeros,
 causa de tenerla son.
 Es bellísima en extremo.
 DOÑA CLARA Apresta, y vamos allá,
 aunque en toda España habrá
 el mismo temor que temo.
 CARRIZO A Valencia puedes ir,
 que es un Jardín en la tierra.
 FÉLIX Notable grandeza encierra;
 mas no podremos vivir
 sin que quién somos se entienda.
 CARRIZO Pues vamos a Barcelona,
 ciudad que la mar corona

por su mas querida prenda;
y podéis por Vinarrós
pasar a Italia, o por ella.
DOÑA CLARA Todo el amor lo atropella:
muramos juntos los dos.
Vamos a cualquier lugar.

FÉLIX Hacia Toledo camina...
o Valencia, si imagina
Clara que la han de buscar.

CARRIZO Las mulas están a punto
y la cena.

FÉLIX Pues ¿qué esperas?
CARRIZO Que partas, y que tú quieras.

DOÑA CLARA Por el lugar te pregunto.

CARRIZO Habrá dos leguas no más.

DOÑA CLARA Pues pica.

CARRIZO ¡Lindo camino,
adonde pernil y vino
no pueden faltar jamás!

FÉLIX ¿No vas contenta, mi amor?

DOÑA CLARA ¿Pues no?

CARRIZO Caminemos presto.

DOÑA CLARA Algún cuidado me ha puesto
lo que me dijo el pastor.

Váyanse.

Entren el ángel, ya en figura de doña Clara y don Carlos.

ÁNGEL Yo os prometo hacer mi diligencia
y persuadir mi padre a vuestro gusto;
mas la palabra habéis de darme luego
de no poner las manos ni la espada
en ese caballero.

DON CARLOS ¿Quién o cómo
os ha dicho, señora, que quería
castigar a don Juan de aqueste agravio?

ÁNGEL Basta que yo lo sepa.

DON CARLOS Mal he dicho
en preguntaros cómo lo supistes;
que vuestra santidad es tan notoria

en toda la ciudad, que sólo un hombre
tan malo como yo fuera ignorante
y peregrino de virtud tan rara,
y cómo lo sabéis os preguntara.
ÁNGEL Carlos, no, quiere Dios que los agravios
venguen los agraviados; y así, dice
que no busquéis venganza, en el Levítico,
ni os acordéis de la pasada injuria:
suya la llama en el Deuteronomio.
Judit dice que esperen los humildes;
David le ruega a Dios que se levante,
y que le vengue de sus enemigos.
Que no se olvida, dicen los Proverbios,
y que es Dios de venganza, en quien es justo
que espere el hombre libertad y honra.
El que pidiera a Dios de quien le ofende
satisfacción, nos dice el Eclesiástico
que la hallará sin duda, y a Idumea
promete Dios por Israel castigo,
por quererse vengar de su enemigo.
Tres veces llama a Dios Nahum, profeta,
vengador, y aun el mismo Señor dice,
por San Mateo, que volváis el rostro
a quien os diere en él, y a los romanos
y hebreos Pablo escribe estos consejos.
Diego y Pedro nos muestran esto mismo,
y de las almas de los justos dice
Juan en su Apocalipsi que pidiendo
están a Dios venganza de su sangre.
Pedilda, pues, a Dios, señor don Carlos,
y a mí dejadme el cargo de abonaros,
si hoy me viere mi padre, como pienso,
aunque siempre me ve mi Padre inmenso.
DON CARLOS Clara, más clara y pura que el sol claro;
Clara, que las estrellas obscureces,
no sólo con oírte y con mirarte,
piedad infundes en mi duro pecho,
pero me obligas que a tus pies echado,
pida perdón de mi pasado intento
a Dios y a ti, por quien sus voces siento.

¡Oh, soberana piedad,
qué de cosas que te deben
los hombres, y no los mueven
a agradecida humildad!
¡Cuánto sufre, cuánto aguarda,
pues por quien le despreció,
hace que su Madre y yo
sirvamos de buena guarda!
¡Cuán altos son tus secretos,
sin que se entienda a qué fin!
¿Qué abrasado serafín
penetrará tus conceptos?

La portera.

PORTERA Haga vuestra caridad
que llamen al Mayordomo.

ÁNGEL También su defensa tomo.

No está agora en la ciudad,
que es ido a cierta cobranza.

Mejor diré perdición.

PORTERA Pues he pensado que son
dineros de una libranza.

ÁNGEL ¿Libranza? Yo los daré.

¡Ay, Dios! ¡Si la suya fuera,
y Félix libre se viera
del pecado en que se ve!

PORTERA Cien ducados se han de dar
también para la madera
del cuarto nuevo.

ÁNGEL ¡Ah, sí! Espera,
que no les han de faltar.

PORTERA ¿Para qué en esta ocasión
el Mayordomo enviaste,
que no hay leña que se gaste,
y se ha acabado el carbón?

ÁNGEL Todo se ha de proveer;
Félix ocupado está;
si hay alguna falta acá,
decid lo que es menester.

Clara me enfada y me cansa.
CARRIZO; Clara, más bella que el día!
FÉLIX Pues en las cosas humanas,
¿piensas tú que están los bienes
seguros de sus mudanzas?
Con la furia que la amé,
ha caído en mi desgracia,
y ella lo va conociendo;
que ya se lo dice el alma.
CARRIZO; Por qué?
FÉLIX Yo te lo diré.
CARRIZO En lo público no hay falta;
si las tiene en lo secreto...
FÉLIX Oye, que es otra la causa:
desnudándose una noche,
le vi encima de la faja
un habitillo pequeño.
Preguntéle por qué andaba
con esas reliquias ya,
y díjome: «¿Qué te espanta?
Que como el primero Esposo,
me dio, Félix, estas armas,
y nunca el amor primero
de todo punto se acaba,
así estimo aquestas prendas,
porque éstas son las del alma,
como las tuyas del cuerpo.»
En diciendo estas palabras,
temblé como si estuviera
donde el azogue se saca.
Dormí mal aquella noche,
imaginando la espada
de Cristo sobre mi cuello,
del adulterio en venganza.
Fuíme a la iglesia otro día,
que aun no era bien de mañana,
y quitándole el sombrero
a un crucifijo que estaba
sobre los arcos del claustro,
le vi volver las espaldas,

No más, letras desdichadas.
¿Ésta es la fe de los hombres?
¡En viento y palabras pagan!
DOÑA CLARA¿De quién?
¡Ay, miserable de mí,
perdida y en tierra extraña,
sola, sin Félix!... ¿Qué digo?
Sin Félix no fuera nada;
mejor dijera sin Dios,
a quien he vuelto la cara,
y sin mi querido Esposo,
a quien rompí la palabra.
¿Qué menos me prometían
tan malas obras, que paran
siempre en tan míseros fines?
Cansóse, que todo cansa.
¡Oh, gustos del mundo loco,
flores hermosas al alba,
marchitas al mediodía,
y a la noche derribadas!
Gigantes, imaginados,
son los deleites, que pasan
como sueño, y quien los goza,
muy diferentes los halla.
Recelos desto tenía.
Engañóme la esperanza:
púsela en un hombre vil,
baja sangre, obscura casta;
pero quitéla de Dios:
¿A dónde en el mundo hallara
en quien segura estuviera?
¿Qué haré? Toda estoy turbada.
Ya tiemblo mi airado Esposo,
y no sé por dónde vaya
a buscarle, aunque jamás
cerró sus puertas al alma
que le llamase contrita.
Mas ¿cómo alzaré la cara
que le negó tan vilmente?
Afuera desconfianza,

que yo no ofendí marido
de la tierra, que se baña
espada y mano en la sangre
de quien la fe le quebranta.
A Dios ofendí. Pues, Dios,
si a nadie cierras tus llagas,
a ti voy; piadoso eres,
yo sé, Esposo, que me aguardas.
¿Esposo dije? ¡Ay de mí!
Adúltera soy. Desata,
corazón, estas dos fuentes,
y a la Reina de la gracia
toma por madrina, y dile...
Pero no le digas nada
hasta confesar tus culpas,
pues conoces que son tantas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

HABLAN EN EL TERCER ACTO

CARRIZO.Basurto.

FÉLIX.Olmedo.

TRES BANDOLEROS.Coronel, España, Callenueva.

LISENO y COSME, villanos.Argüello, Luis.

DOÑA CLARA.María de Argüello.

DOS DAMAS.Catalina, Jerónima.

DOS GALANES.España, Luis.

DOS MÚSICOS.Vivar.

DOS NADADORES.Callenueva.

DON CARLOS.Benito.

UN PASTOR.Riquelme.
UN ÁNGEL.Mariana.
DON PEDRO.Quiñones.
GINÉS.Coronel.
LA HORTELANA.Jerónima.
LA PORTERA.Catalina.
CARRIZO, fingido.Vivar.
UN PLATERO.Callenueva.

Carrizo y Félix.

CARRIZO Mil veces oí en Castilla
que en el Coll de Balaguer
había bien que temer,
ya porque es del mar la orilla,
y moros de Argel, piratas,
entre calas y recodos,
donde después salen todos,
tienen ocultas fragatas;
ya porque en él, por pasiones,
nunca faltan bandoleros.
FÉLIX Quien lleva pocos dineros,
cantar suele entre ladrones,
como lo dijo un poeta.
¿Qué tenemos que temer,
pues que nos faltaba ayer?
CARRIZO Y el moro, ¿no te inquirí eta,
que hace los cuerpos dinero,
cuando en Biserta los vende,
o en Trípoli?
FÉLIX Nunca me ofende
el moro ni el bandolero
tanto como yo a mí mismo,
imaginando que estoy
en España.
CARRIZO Triste voy,
que soy alma de tu abismo.
FÉLIX Años ha, Carrizo hermano,

que de España a Italia fuimos,
donde hasta agora estuvimos
sirviendo y viviendo en vano,
pues no merecemos vida,
aunque con seguridad,
pues que por nuestra maldad
fue la muerte merecida.

La patria o la perdición
nos lleva a Ciudad-Rodrigo,
y yo pienso que al castigo.
CARRIZO Secretos del cielo son.

Mil veces el delincuente,
sin entender quién le lleva,
quiere que vaya y se atreva
a poner entre la gente
donde comete el delito.

Tal puede ser que los dos
vamos, queriéndolo Dios.
FÉLIXA su piedad lo remito.

Si un largo arrepentimiento,
si una tierna contrición
hallan la puerta al perdón,
luz de mi remedio sienta.

La penitencia no ha sido
tal como debiera ser.

CARRIZO¿Tanto ha habido que comer?

¿Tan bien habemos dormido?

¿Qué regalo en tantos años
por nuestros cuerpos pasó?

FÉLIXHarto trabajo nos dio
el tiempo en reinos extraños;
que si se ofreciera a Dios,
de satisfacción sirviera,
aunque pequeña, y corriera
por la cuenta de los dos.

CARRIZO¡Válame Dios! ¿Qué habrá sido
de doña Clara?

FÉLIX No sé:

no poco tormento fue
su memoria en mi sentido.

Mil veces me vi de suerte,
que quise volver por ella,
aunque de volver a vella
me resultara la muerte.
Fácil cosa fue dejalla;
vivir sin ella no fue
tan fácil, porque pensé
morir volviendo a buscalla.
Poco tuvo de nobleza
el dejalla, en lo exterior,
pues la engañé con amor
y la dejé con bajeza.
Pero como yo temí
al Esposo que ofendía,
busqué su vida y la mía,
y al fin huyendo vencí.
Errar es de hombre mortal,
y más en esto que ves;
pero de demonio es
perseverar en el mal.

CARRIZO Al fin volvimos a España,
como ya desconocidos
en rostro, barba y vestidos,
si el tiempo no nos engaña.
Ya salimos de la mar
y entramos en Barcelona,
donde no hallamos persona
que nos pudiese juzgar
menos que por extranjeros:
lo mismo será en Madrid,
Toledo y Valladolid.

Cuatro bandoleros con sus pistolas y capas, de la montaña.

BANDOLERO 1.ºPongan luego los dineros
sobre esa piedra, soldados.

FÉLIX¡Mal encuentro!

CARRIZO Dile azar

si ellos no le quieren dar,
serán hidalgos honrados,

porque no llevamos niente.

BANDOLERO 2.º Los vestidos se desnuden
antes que de ahí se muden,
o disparo.

FÉLIX Espera.

CARRIZO Tente.

Váyanse desnudando.

Ofrezco al diablo artificio,
que con apretar la mano,
derriba al hombre más sano
hasta el día del juicio.

FÉLIX Trabajos me han sucedido,
mas nunca en éste me vi.

BANDOLERO 3.º ¿No acaban ya?

FÉLIX Señor, sí.

CARRIZO Parece que dio el vestido,
según le manda quitar;
pues no le cosía el sastre
pensando en este desastre,
que él diera prisa a hilvanar.

Tomen, y vayan con Dios.

BANDOLERO 1.º ¿De dónde son?

CARRIZO ¡Lindo aviso!

¿No lo ve? Del Paraíso,
aunque no estamos los dos
en estado de inocencia.

BANDOLERO 2.º Y ¿adónde van?

CARRIZO A acostar,
porque tras el desnudar,
no queda otra diligencia.

BANDOLERO 2.º Por parecer gente honrada...

CARRIZO Honrada su vida sea.

BANDOLERO 2.º De cierta vieja librea,
de unos pobres desechada,
si quieren, los vestiremos.

CARRIZO Eso es dar ropa y oficio,
que hay mil que piden de vicio,
y de vicio pediremos.

BANDOLERO 2.º Caminen.

FÉLIX ¡Qué triste vida!

CARRIZO Mas te debes alegrar,
que ya no puede faltar,
por lo menos la comida.

Váyanse, y entre Liseno, viejo villano y Cosme, su hijo.

LISENO El tiempo de engerir, Cosme, a propósito,
ha de ser en creciente de la luna,
día sereno y claro; mas la rama
ten cuenta que sea nueva; por lo menos
que no pase de un año. En tierras cálidas,
por mayo es la sazón; pero en las frías,
por junio y julio.

COSME Estoy tan inquí eto,
que le escucho sin gusto y por respeto.

LISENO Cuando vieres que suda la corteza
y despide la yema, pon el ramo
al pecho o sobre la rodilla, y corta,
haciendo dos rayitas, como escudo,
que por eso se llama de escudete.
Ve por un lado alzando la corteza,
y entre el dedo pulgar y el otro cógela,
y sácala el meollo y aderézala,
y en tanto que previenes otro corte,
ponla en la boca.

COSME Poco estoy atento.
La huerta me perdone y los enjertos,
que no se engieren bien vivos y muertos.

LISENO Donde la has de asentar no tenga raja,
que despide mejor estando lisa.

Corta luego al través cuanto es la yema,
y vela desviando por la parte
de arriba, hasta quedar el corte justo.

COSME Padre, yo escucho con bellaco gusto.

Dejaos de enjertos de escudete agora,
de mesa, pie de cabra o cañutillo,
coronilla, barreno o calabaza,
y tratad de engerirme en casamiento,

porque solo no puedo llevar fruto.
Poned en esto el pensamiento, padre;
que la huerta ya tiene plantas y árboles.
Las plantas duran tres y cuatro años,
los árboles a treinta y a sesenta,
y árboles hay que pasan de cien años,
llevando, como veis, sabroso fruto.
A no ser vos enjerto con mi madre,
Cosme no fuera fruto vuestro, padre.

LISENO ¡Maldito seas, que aún apenas tienes
treinta años, y ya tratas de casarte!

Y tú, ¿serás, por dicha, para eso?

COSME Aún hay en el lugar algún testigo;
demás, que no será el peligro vuestro.

LISENO Muchas aldeas tiene y caserías
la ribera del Tajo; en ellas viven
labradoras hermosas; yo te ofrezco
poner los ojos en alguna a intento
de engerirte con ella en casamiento.

COSME No, padre, no; que ya sé yo la moza
que el ánima me pudre y me retoza.

LISENO ¿Quién, Cosme?

COSME Juana, aquesta moza nuestra.

LISENO ¡Pues! ¡Juana! ¿Una mujer que habrá tres años
que aquí vino perdida? ¿Estabas loco
cuando te dio tan deshonoroso intento?

COSME ¡Pardiez, padre! Vos sois un mentecato
si infamáis la limpieza de su trato.

Vive como una santa, recogida
en oración perpetua y en ayunos;
métese en esas peñas, que coronan
las márgenes del Tajo, y dase en ellas
tantos azotes, que sus carnes bellas
las hacen jaspes con la sangre viva;
y ¡llamáisla perdida y fugitiva!

LISENO Pues cuando sea tal como tú dices,
¿estaráte a propósito que tengas
una mujer tan penitente en casa?

COSME ¡Qué mal sabéis el fuego que me abrasa!
No sé lo que me traigo, que al oído

me andan diciendo, cuando está en el campo,
que la fuerce, la ruegue y solicite,
la penitencia y la oración la quite.

LISENO Ella es hermosa, y no eres, Cosme, solo
el que pretende desviar a Juana
de aquellos recogidos pensamientos;
que el señor de la huerta por momentos
la viene a ver y a molestarla tanto,
que crece su dolor y aumenta el llanto.

Mas pues que Juana, Cosme, es a tu gusto,
y tiene las costumbres que tú sabes,
¿qué mejor dote? Yo la haré mi hija.

COSME El cielo aumente, padre, vuestros años.

LISENO Sufre hasta el fin los amorosos daños.

Váyase Liseno.

COSME Esto que traigo en el pecho
no es posible que es amor,
porque parece un ardor
de muchos infiernos hecho:

A mí me incita y me mueve
tan vivo desasosiego,
que es nieve, y me abrasa en fuego,
y es fuego, y me hiela en nieve.

Si como, me está llevando,
¡oh, Juana!, tu perfección
toda la imaginación,
y estoy comiendo y pensando.

Si duermo, despierto luego
con tu nombre, de tal modo,
que me parece que todo
es un infierno de fuego.

Ésta es la orilla del río;
en él quisiera arrojarme,
si pensara que templarme
pudiera el tormento mío.
¡Oh! Hela allí. Corazón,
no tembléis de un ángel ya.

Clara, de labradora.

DOÑA CLARA ¿Cuándo, Señor, llegará
de mi pecado el perdón?

¿Cuándo, Jesús de mi vida,
me dirá vuestra piedad,
pues le costó mi maldad
toda la sangre y la vida:

«Mujer, perdonada estás»?

Pero ¿cómo podrá ser
que esto pueda merecer
la que no os sirvió jamás,
la que siempre os ofendió,
la adúltera del Esposo
más honrado y más hermoso
que el cielo a la tierra dio?

Pero tengo confianza
en esa sangre, Señor,
que aunque es roja en el color,
es verde por la esperanza.

¡Jesús mío, yo pequé!

¡Terrible fue mi pecado!

Vos sabéis lo que he llorado
en esta esperanza y fe.

Díceme aquel enemigo
que no me ha de aprovechar,
y que vos me habéis de dar,
como a adúltera, castigo;
mas yo le digo, Señor,
que nunca vos despreciáis
corazón en quien halláis
este contrito dolor.

¡Ay, piadosa Virgen bella!

¿Qué fuera de mí sin vos?

¿Por dónde llegara a Dios,
por tal mar, sin tal estrella?

¡Ay, cielos! ¿Quién está aquí?

COSME Cosme soy; ¿de qué te alteras?

No son mis manos tan fieras,
que te defiendas de mí.

¿Cuál oso viste bajar
de los montes de Toledo,
que te ha causado tal miedo?

Pero debes de pensar
que vengo a hurtar la colmena
de la miel de tu hermosura.

DOÑA CLARA Así Dios te dé ventura,
y a mí, Cosme, me haga buena,
que me hagas un placer.

COSME Mándame, Juana, y verás
que en mandarlo tardas más
que yo lo tardo en hacer.

DOÑA CLARA Que vuelvas a nuestra quinta
por un libro que olvidé.

COSME Si voy, ¿dónde te hallaré?

DOÑA CLARA En esta alfombra que pinta
de tantas flores el Tajo.

COSME ¿Está en tu aposento?

DOÑA CLARA Sí.

COSME Pues yo vuelvo luego aquí,
porque vuelo, y sé el atajo.
No te vayas, desdén mío.

Váyase Cosme.

DOÑA CLARA Divino vencedor, de amor vencido,
con túnica de sangre y con diadema,
donde escribió la Majestad suprema
el nombre que vos solo habéis leído;
Cordero asado en cruz, el pecho herido,
para que exhale el fuego en que se quema,
en cuya herida amor con hostia y nema
firmó la carta al hombre redimido;
¡quién se alistara, capitán benigno,
debajo desa cruz, bandera santa,
imperio que en sus hombros se enarbola!
Cordero de Sión, si fuera digno
mi pecho de ofrecer la garganta,
yo os siguiera con palma y con estola.

Grita de música y baile, damas y galanes, y un mozo con un tabaquer de merienda.

MÚSICOS Lavaréme en el Tajo,
muerta de risa,
que el arena en los dedos
me hace cosquillas.

DAMA 1.^a Pon la merienda en el prado,
que él nos servirá de mesa.

DOÑA CLARA;Lo que el demonio atraviesa
por despertar mi pecado!

GALÁN 1.^o ¡Hermosa estás como un oro!

DAMA 2.^oY tú, galán como un sol.

GALÁN 1.^o¿Hay tan dichoso español?

DOÑA CLARAAlma, mientras cantan, lloro.

MÚSICOS Que no quiero bonetes,
que soy muy boba,
y en andando con picos,
me pico toda.

DOÑA CLARA Todas invenciones son
del demonio, que despierta
mis deleites.

DAMA 1.^a ¿No es la huerta
de mayor recreación?

GALÁN 2. Yo me quiero desnudar.

GALÁN 1.^oY yo, que hace gran calor.

GALÁN 2.^oEn aquel chopo es mejor.

DAMA 1.^a ¿Huélgaste de ver nadar?

DAMA 2.^a ¿Eso dudas?

DAMA 1.^a Pues allí
podréis pasar la merienda.

GALÁN 1.^oMil primores, dulce prenda,
haré en el agua por ti.

MÚSICOS Si te echares al agua,
bien de mis ojos,
llévame en tus brazos;
nademos todos.

Entrense todos.

DOÑA CLARA ¡Qué de cosas representa,
para ponerme en cuidado,
a mi deleite pasado
quien mi perdición intenta!
Pues, cuerpo, ya conocéis
los castigos que lleváis.

Dos gentileshombres entren.

GENTILHOMBRE 1.º Mirad, Guzmán, que sudáis,
y que a peligro os ponéis.

Enjugaos, que tiempo habrá.

GENTILHOMBRE 2.º ¡Oh, qué graciosa aldeana
con veinte ovejas?

GENTILHOMBRE 1.º Serrana,
¿dónde menos hondo está?

DOÑA CLARA No nadéis si no sabéis.

GENTILHOMBRE 2.º En verdad que yo nadara
adonde mejor templara...

DOÑA CLARA De espacio, no os acerquéis.
Id en buen hora a nadar.

GENTILHOMBRE 1.º ¡Lindo brazo!

GENTILHOMBRE 2.º Y ¡qué rollizo!

DOÑA CLARA Esto el demonio lo hizo,
que no me quiere dejar.

GENTILHOMBRE 2.º Daréle para corales,
si a los labios me los trueca.

GENTILHOMBRE 1.º Oiga, no sea tan seca.

DOÑA CLARA Si son hombres principales,
¿no ven que es mucha bajeza
tratar mal una mujer?

GENTILHOMBRE 2.º Peñasco debes de ser,
aunque un ángel en belleza.

Pues guárdanos los vestidos
entre tanto que nadamos,
porque desnudos pensamos
despertarte los sentidos.

DOÑA CLARA Esas palabras no son
de gente desta ciudad.

GENTILHOMBRE 2.º ¡Qué notable honestidad!

GENTILHOMBRE 1.º;Quedo, que tiene razón!

Dejalda, que aún tengo miedo
de una mujer virtuosa.

GENTILHOMBRE 2.ºNo la he visto más hermosa
en la Sagra de Toledo.

Váyanse los dos.

DOÑA CLARA No pienses, fiero enemigo,
volverme al mundo jamás;
que esto que a mis ojos das,
te pienso dar en castigo.
Así el alma se desagua
cuando va de culpas llena.

Dentro, como que nadan.

GALÁN 1.º;San Juan y la Magdalena!

Un baño parece el agua.

DOÑA CLARA Ojos, ya no hay qué mirar;
mirad solamente al cielo,

que en aquel hermoso velo
hay mucho que contemplar.

Dejad las cosas, mis ojos,
del mundo, pues tales son,
que han sido mi perdición
y el blanco de mis enojos.

Pensad en lo que perdí
cuando mi Esposo dejé.

¡Ay, Señor!;Cuándo osaré
volver mis ojos a ti?

Dulcísima vida mía,
¿cómo dejé tus regalos?

¿Cómo por otros tan malos
olvidé tu compañía?

¿Cómo te quebré la fe?

¿Cómo el anillo rompí
que me diste y que te di
cuando tu mano toqué?

¡Llorad, ojos, no os canséis!

Y ¡ojalá pluguiera a Dios
fuérades mil como dos,
porque dos poco podréis!
¿Dónde estás, Esposo mío?
¡Oh, qué enojado estarás!
¡Ay, Dios! ¿Si recibirás
los suspiros que te envió?
Señor, que en piedad excedes
mis culpas, dame tu luz;
clavado estás en la cruz;
no te me irás, que no puedes.

El pastor.

PASTOR Verdes riberas amenas,
frescos y floridos valles,
aguas puras, cristalinas,
altos montes, de quien nacen,
guiadme por vuestras sendas
y permitidme que halle
esta prenda que perdí
y me cuesta amor tan grande.
Ya de pisar las espinas
llevo teñidas en sangre
las abarcas, y las manos
rotas de apartar jarales.
De dormir sobre el arena
de aquella desierta margen,
traigo enhetrado el cabello;
y cuando el aurora sale,
mojado con el rocío
que por mi cabeza esparcen
las nubes que del sol huyen,
humedeciendo los aires.
¡Ay, Dios, qué cansado estoy!
¿Qué cayado habrá que baste
para sufrir este peso?
DOÑA CLARACielo santo, declaradme
si es este pastor aquel
que vi en el Tormes, la tarde

que en mi regazo dormía
Félix al pie de unos sauces.
¡Ah, pastor! ¡Ah, ganadero,
que Dios muchos años guarde!
Páreceme que otra vez
te he visto yo en otros valles,
porque es tanta tu hermosura,
que años y trabajos tales
no han borrado en mi memoria
esas más que humanas partes.
¿Vives agora estos montes?
¿Guardas ganado? ¿Qué haces
en las orillas del Tajo?
PASTORSerrana, lo mismo que antes.
¿No te acuerdas que buscaba
por prados, por arenas,
por sierras, por altos montes
una oveja aquella tarde?
Pues la misma busco agora;
que tan perdido me trae,
que no volveré sin ella
a los ojos de mi Padre;
aunque siempre estoy en ellos
por la merced que me hace,
por el amor que me tiene,
y porque somos iguales.
DOÑA CLARAPastor gallardo y hermoso,
¿por qué te cansas en balde?
Que tanto amor no merece
cosa que tan poco vale.
¿Para qué perdido vienes,
pues aunque peñas ablandes
con silbos, no la enterneces?
Que son bien claras señales
que vino a manos del lobo.
PASTORSí vino; que el lobo infame
persigue ovejas que estimo,
porque presume vengarse
de un golpe que cierta vez
le di en un monte una tarde,

aunque por darle con fuerza
no me costó poca sangre.
Mordióla, no la comió.
DOÑA CLARA¿Es posible que la llames
tanto tiempo, y que no venga?
PASTORNo se atreve, aunque bien sabe
que estoy los brazos abiertos
siempre que ella me buscare;
porque yo no soy pastor
como algunos arrogantes
que vengan los adulterios
que las ovejas les hacen.
Si ellas lloran y les pesa
(que no ay cosa más süave
para mí, que ver llorar,
porque el corazón me parten),
luego les doy sal, y algunas
con esta sal tales salen,
que no hay carne más sabrosa
en la mesa de mi Padre.

Váyase.

DOÑA CLARA No te vayas. Oye, espera.
¿Sueño o velo? ¿Si me hacen
estas burlas mis deseos?
Mas ¡ay, burlas celestiales!
Ora pasen a mis ojos,
ora en mis sentidos, pasen,
avisos me ha dado el cielo
para que su gracia alcance.
Ir quiero animosamente,
en este villano traje,
desde aquí a Ciudad-Rodrigo.
Quizá este pastor es ángel,
y me anima a dar la vuelta
donde penitente acabe
esta miserable vida.
Ángel, si lo sois, guiadme.

Váyase, y entren el ángel, en el hábito de doña Clara, y don Pedro.

DON PEDRO Por ti casé mi hija con don Carlos,
porque a no ser por ti, no se la diera,
a mis deudos cansado de escucharlos.

No digo que es tu hermana la primera
¡oh, Clara! que ha vivido mal casada;
pero que yo su bien y paz quisiera.
Ni digo yo de ti que estás culpada:
yo sé cuán bueno en esto fue tu intento;
pero sé que es Elena desdichada.

ÁNGEL Pues ¿qué tiene don Carlos?

DON PEDRO Descontento;

que no quieras más mal para un casado,
aunque no sabes tú de casamiento.

ÁNGEL Yo vivo con mi Esposo regalado
en otro matrimonio diferente.

DON PEDRO ¡Dichosa quien escoge tal estado!

Dos años ha que vive como ausente,
que mujeres y juego le distraen:
tras esto, celos bien injustos siente.

ÁNGEL Cosas son que los años verdes traen.

Querrá Dios que don Carlos caiga en ello;
que muchos se levantan aunque caen.

Envíamele acá.

DON PEDRO Si puedo hacello,
que teme tu virtud, porque los malos
huyen la luz.

ÁNGEL La vida es un cabello.

Yo no sé quién estima sus regalos,
si de tan débil cosa está pendiente.

DON PEDRO Rinde la mocedad el fruto a palos.

Yo voy a hacer que venga.

Váyase don Pedro.

ÁNGEL ¡Oh, Clara,
ausente

de tu casa legítima y tu Esposo!
Aunque es verdad que tengo a Dios presente,

y ejercito un oficio tan honroso,
deseo tu remedio y que ya vengas;
que puesto que en la tierra estoy glorioso,
mi gloria aumentaré cuando la tengas.

Entre un platero.

PLATERO Como licencia me diste,
en la portería entré.

ÁNGEL Hoy a llamarte envié,
que en cuidado me pusiste.

La custodia... ¿está acabada?

PLATERO Y con el mayor decoro
de primor que alcanza el oro...,
digo, la plata dorada.

ÁNGEL Bien has hecho, que ha de ser
casa del Señor del cielo,
que en el compás de aquel velo
se quiere en cifra poner.

Aunque tan grande, está allí
como en la cruz y en el cielo.

PLATERO Aunque te agradó el modelo,
con el arte le vencí.

ÁNGEL ¡Dichoso tú, que fabricas
casa a Dios!

DON PEDRO Tú más dichosa,
que tan santa y virtuosa
le alabas y glorificas.

¡Dichosa tú, que mereces
lo que al indigno se priva,
pues eres custodia viva
del mismo Dios tantas veces!

ÁNGEL Dios sabe, amigo, quién soy:
deja a Dios toda alabanza.

PLATERO Dame dinero o libranza
que pueda cobrarse hoy;
que me matan oficiales.

ÁNGEL Hoy tendrás todo el dinero.

Don Carlos entre, y Ginés.

DON CARLOS Digo que esperar no quiero,
y que entraré, pues no sales.

ÁNGEL ¿Qué es esto?

DON CARLOS En el oratorio
te esperaba, y me cansé.

ÁNGEL Reñirte quiero.

DON CARLOS ¿Por qué?

ÁNGEL Porque es tan claro y notorio
cómo tratas a mi hermana,
y porque dice enojado
mi padre, que causa he dado
a cosa tan inhumana.

Tú, Carlos, ¿eres aquel
que tan humilde decías
que a doña Elena serías
humilde, honesto y fiel?
¿Tú quien juraba sacar
mentiroso a tu enemigo,
y no hay en Ciudad-Rodrigo
quien no te venga a culpar
de ingrato a tanta hermosura,
y de atrevido a tu honor?

DON CARLOS El divino resplandor,
llama de la lumbre pura
que sale de aquesa cara,
Clara, me obliga a respeto;
que si no, yo te prometo
que no le tuviera, Clara.
Elena, celosa, ha dado
causa a hablar mal de mi honor.

ÁNGEL Yo lo sé todo mejor,
y en lo que andas ocupado,
qué papeles escribiste
a quien sabes, y qué cosas,
con palabras amorosas,
en su reja le dijiste.

Sé lo que habéis concertado,
y sé...

DON CARLOS Detente, por Dios,

La hortelana entre.

HORTELANA Para que no te vayas sin que sepas
un milagro tan raro, y seas testigo,
así como llegó Clara al estanque,
entró por él, y sin mojarse el hábito,
asíó de un brazo a sórora Magdalena,
y la sacó a la orilla viva y sana:
dilo a su padre y a su amada hermana.

Váyase.

DON CARLOS ¿Qué te parece?

GINÉS Sin sentido quedo.

DON CARLOS Y yo confuso entre esperanza y miedo.

Doña Clara entre en hábito de labradora.

DOÑA CLARA Si tan grande atrevimiento
ha sido de Dios guiado,
debe de ser mi pecado
que quiere dar escarmiento,
y anda a buscar su castigo;
pues no solamente entré
en este traje, y a pie
y sola en Ciudad-Rodrigo,
pero hasta la misma puerta
de la casa que dejé
cuando a mi alma cerré
la que vio del cielo abierta.
Gente hay en la portería.
¡Ay, mi casa regalada!
¡Ay, soberana posada,
donde mi Esposo tenía!
¡Ay, Virgen divina, a quien
encomendé aquel ganado
que dejé por mi pecado!
¿Habéisle guardado bien?
¿Quién lo duda, si de Dios

cuanto queréis alcanzáis?

GINÉS Pues, hermana, ¿a quién buscáis?

DOÑA CLARA No os busco, señor, a vos.

GINÉS ¡Qué bonita labradora!

DON CARLOS ¡Hermosa, por vida mía!

DOÑA CLARA Saber, señores, querría

quien es abadesa agora

deste santo monasterio,

porque la quisiera hablar.

¡Ay, Dios! ¿Quién ha de contar

tal deshonra y vituperio?

DON CARLOS La que es abadesa aquí

es doña Clara de Lara.

DOÑA CLARA ¡Doña Clara!

DON CARLOS Sí, y más clara

que el sol.

DOÑA CLARA ¿Burláisos de mí?

Pues ¿no ha tres años que es muerta?

DON CARLOS ¡Muerta! Debéis de estar loca.

DOÑA CLARA ¿Si éste me conoce, y toca

algo de mi historia incierta?

DON CARLOS Doña Clara es una santa;

vive en este santo templo,

dando a todo el mundo ejemplo,

que sus alabanzas canta.

Agora acaba de hacer

un milagro.

DOÑA CLARA ¿Qué es aquesto?

GINÉS Vamos a decirlo presto.

Váyanse don Carlos y Ginés.

DOÑA CLARA ¿Quién será aquesta mujer?

Yo, ¿no soy Clara? ¡Ay de mí!

Pues ¿cómo aquí vive Clara?

Y más que dijo de Lara,

que también me llamo así.

Temblando estoy. ¿Qué será?

El ángel entre.

ÁNGEL Clara, no te turbes; mira
que de tu Esposo la ira
se viene templando ya.

DOÑA CLARA ¿Sois, señora, la Abadesa?
que tengo mucho que hablaros,
y solamente en miraros,
parece que el miedo cesa.
Dícenme que os llamáis Clara;
y aunque Clara en luz tan pura,
oíd una Clara oscura,
que a vuestra luz se declara.

Yo soy...

ÁNGEL No me digas más:
ya sé quién eres.

DOÑA CLARA Ya sé
que eres santa; escuchamé.

ÁNGEL Clara, en tu convento estás.

Entra, y en tu celda propia,
el hábito que dejaste
cuando a tu Esposo negaste
(de tu voto hazaña impropia),
toma del mismo lugar;
que en el tuyo quedé yo
cuando Félix te engañó.

DOÑA CLARA Los pies te quiero besar.

¿Quién eres, señor?

ÁNGEL No digas

a nadie lo que ha pasado,
sino en confesión. Yo he estado
sufriendo tantas fatigas
como me ha dado el servir
el gobierno tantos años:
recupera aquellos daños
de tu pasado vivir
con debida penitencia,
porque te vuelva tu Esposo
a su pecho generoso,
después desta larga ausencia.

DOÑA CLARA Di, ¿quién eres? Oye, aguarda.

ÁNGEL Basta que sepas agora
que sirvo a cierta señora.

DOÑA CLARA Dime el nombre.

ÁNGEL Buena Guarda.

DOÑA CLARA Animoso quiero entrar,
siguiéndole.

ÁNGEL Venir puedes.

DOÑA CLARA Esposo, ¡tantas mercedes!...

ÁNGEL Ya se lo puedes llamar.

Entranse.

Carrizo y Félix, de pobres.

CARRIZO ¿Que nadie nos conoce? ¡Extraña cosa!

FÉLIX No venimos nosotros para menos.

CARRIZO Todo sucede mal a quien ingrato
corresponde a tan altos beneficios
como de Dios recibe.

FÉLIX Éste es el templo
adonde yo fui indigno mayordomo.

CARRIZO ¡Qué miedo, Félix, de mirarle temo!

FÉLIX Yo pienso que los cielos me han traído
para que agora pague mi pecado.

CARRIZO Y yo, ¿mondaré nísperos? Mas, dime,
¿cómo podrás cobrar, sin declararte,
la hacienda por que vienes? Que es, sin duda,
que tú y Clara, faltando un mismo día,
han de pensar que tú su París fuiste,
y pienso que los dos seremos Troya;
que nos han de abrasar en vivo fuego,
si viene algún jüez que estudie en griego.

Entre el fingido Carrizo.

FÉLIX Éste es, sin duda, el sacristán que agora
tienen aquestas monjas: llega y háblale.

CARRIZO Deo gracias. ¡Qué temor me sobreviene!

CARRIZO FINGIDO Por siempre. ¿Para qué a esta puerta viene?
Vaya a la de la iglesia.

CARRIZO Diga, hermano,

¿quién es el sacristán que agora sirve
este convento?

CARRIZO FINGIDO Yo, ¿no me conoce?

Pero debe de ser extraño.

CARRIZO Extraño

de todo bien, y propio de mi daño.

CARRIZO FINGIDO Seis años ha que en esta casa vivo.

CARRIZO ¿Seis años? Mire, hermano, que se engaña,
que agora tres estaba aquí Carrizo.

CARRIZO FINGIDO Pues Carrizo es el mismo que está agora.

CARRIZO ¡Carrizo!

CARRIZO FINGIDO Sí, que ese es mi propio nombre.

CARRIZO ¿Él se llama Carrizo?

CARRIZO FINGIDO Así me llamo.

CARRIZO ¿Oyes aquésto?

FÉLIX Atento estoy a todo.

CARRIZO ¿Que él es Carrizo? ¿Cómo de qué modo?

CARRIZO FINGIDO Porque Juan de Carrizo fue mi padre,
y mi madre Lúisa de Montalbo,
cristianos viejos.

CARRIZO Esos lo eran míos.

CARRIZO FINGIDO Tuve una hermana murió pequeña,
y otra casada en Salamanca.

CARRIZO ¡Cielos,
que perderé el juicio!

FÉLIX Aguarda un poco,
que hay más secreto en esto o estoy loco.

Diga, señor, ¿quién es el mayordomo
destas señoras?

CARRIZO FINGIDO Es Esteban Félix.

FÉLIX ¡Esteban Félix!

CARRIZO FINGIDO Sí, muy buen hidalgo,
y no de poca hacienda.

FÉLIX ¡Santo cielo!

Pues ¿no ha tres años ya que es muerto ese hombre?

CARRIZO FINGIDO ¡Muerto! Agora le vi con la Abadesa.

FÉLIX ¿quién es la Abadesa?

CARRIZO FINGIDO Doña Clara.

FÉLIX ¿Doña Clara de Lara?

CARRIZO FINGIDO Sí, la propia.

FÉLIX Carrizo, o es espíritu diabólico
este mancebo, o celestial y angélico,
porque hombre de la tierra es imposible.

CARRIZO FINGIDO Digan, señores, ¿mandanme otra cosa?

FÉLIX Que os guarde Dios.

Retírase el CARRIZO FINGIDO.

CARRIZO ¿Si somos los que fuimos?

FÉLIX ¿Si me he mudado yo?

CARRIZO Tórnome loco.

FÉLIX Procuremos hablar a la Abadesa,
y sabremos qué es esto.

CARRIZO Mi pecado,
en otro el ser que soy ha transformado.

Éntrense, y salga doña Clara, ya en su primer hábito, y don Pedro,
su padre.

DON PEDRO Bien tengo que agradecerte,
Clara. ¡Venturoso el día
que para la vejez mía
fabriqué muro tan fuerte!
Carlos me pidió perdón.

DOÑA CLARA Pues ¿quién señor padre, es Carlos?
A todos tiemblo de hablaros,
porque no sé la ocasión.

DON PEDRO Como estás tan embebida
en Dios, aún de tu cuñado,
que a tu hermana has restaurado,
por momentos se te olvida.

DOÑA CLARA ¡Ah, sí! Carlos, el marido
de...

DON PEDRO De tu hermana.

DOÑA CLARA Es así.

DON PEDRO Casástele tú, y a mí
me sacaste de sentido,
y al cabo ya de tres años,
¿preguntas de quién lo es?
En fin, se puso a mis pies

y confesó sus engaños.

DOÑA CLARA Sin duda que éste es marido
de Elena, y reñido habrán.

Ellos amigos se harán,
todo se pondrá en olvido.

DON PEDRO Don Carlos así lo dice;
y yo, Clara, que es razón,
te debo su conversión.

DOÑA CLARA Señor, lo que pude hice:
Éste debía de ser
mozo travieso sin duda.

La portera y el platero.

PLATERO Dice que a firmarla acuda,
que agora lo puede hacer.

PORTERA Firme vuestra caridad
esta cédula a Lamberto.

DOÑA CLARA ¿Cómo?

PORTERA Que vive, es lo cierto,
Clara, en otra claridad.

¿No le conoces?

DOÑA CLARA ¿Quién es?

PORTERA El platero.

DOÑA CLARA Pues ¿qué quiere?

PORTERA La firma, porque no espere.

DOÑA CLARA ¿La firma? Vuelva después.

PLATERO Si la custodia he traído,
y prometiste el dinero,

¿qué he de hacer?

DOÑA CLARA A este platero,

este dinero han debido
por la custodia que ha hecho.

Mostrad, que quiero firmar.

DON PEDRO Todo, amigos, es pensar
en cosas de más provecho.

PORTERA Que escribas al Almirante
te ha pedido doña Inés.

DOÑA CLARA ¿Sobre qué?

PORTERA ¡Harto bueno es

en caso tan importante,
y estando tu primo preso!
DOÑA CLARA;A dónde?
PORTERA En Madrid lo está.
DOÑA CLARA;Ah, sí! Bien me acuerdo ya,
aunque no bien, del suceso.
PORTERA La muerte de don Luís.
DOÑA CLARA Sí, sí.
DON PEDRO Toda está en el cielo.
PORTERA Pues vámonos, que recelo
que a fuerte ocasión venís.

Váyanse todos.

DOÑA CLARA En extraña confusión
el alma tengo ocupada;
que mal los puede entender
quien ha tres años que falta.
Esos ¡ay, cielo! ha tenido
tan buena guarda esta casa,
que para mi confusión
todas son buenas y santas.
¡Qué diferente gobierno
es el que agora se halla!
¡Qué olor del cielo que tienen
cuantas me miran y hablan!
Y aunque no sé responder
a las cosas de que tratan,
ellas me dan la disculpa:
dicen que estoy elevada.
Pues yo haré, mi dulce Esposo,
por estarlo en vos, con ansias
tan amorosas y dulces,
que allá se me quede el alma.

Félix y Carrizo.

FÉLIX Temblando llego, y es justo.
CARRIZO Parece que es doña Clara.
FÉLIX Transformada está en el cielo.

CARRIZO Pienso que el alma le falta.

FÉLIX Mírala bien.

CARRIZO Ella es;

que desta manera estaba
cuando salimos de aquí.

Mas ¿si fue alguna fantasma
la que llevaste a Toledo?

FÉLIX Sí, porque dicen que es santa
y hace milagros; y aquí,

¿cómo o por adónde entrara
si la hubiéramos llevado?

CARRIZO Ya vuelve en sí.

FÉLIX ¡Cosa extraña!

DOÑA CLARA ¿Quién está aquí?

FÉLIX ¿No conoces
a Félix? ¿De qué te espantas?

DOÑA CLARA ¿No quieres que en verte tiemble,
de mis desventuras causa?

CARRIZO ¿a Carrizo no conoce?

FÉLIX Señora, ¿cómo te hallas
en tu hábito, en tu honor,
en tu virtud y en tu casa?

DOÑA CLARA Cuando salí del convento,
y me viste que lloraba,

dije con tiernos suspiros
a aquella imagen sagrada

que, ya que yo me perdía,
sirviera de buena guarda

a las que dejaba aquí;

y la Reina soberana,

en mi lugar y en el vuestro,

las puso tal, que bastaban
para gobernar mil mundos.

Éstas, supliendo la falta
que los tres habemos hecho,

han vuelto por nuestra fama.

Dejásteme, y yo, perdida,

aunque para Dios ganada,

hice dura penitencia,

mas pequeña a culpas tantas.

Vine, y con la guarda hablé,
que en la confesión me manda
sólo decir el suceso,
y a las partes que le tratan,
que sois los dos, a quien ruego
por las piadosas entrañas
de Dios, que hagáis penitencia.
FÉLIX Dame aquesas manos santas,
y tu bendición con ellas,
que sin entrar en mi casa,
iré a confesar mis culpas,
y a que en una jerga parda
se envuelva este triste cuerpo.
CARRIZO Quien para mal te acompaña,
para el bien lo hará mejor.
FÉLIX Aquí, para ejemplo, acaba,
como verdadera historia,
Senado, La Buena Guarda.

Si quid dictum adversus fidem et bonos mores, tamquam non dictum, et
omnia sub correctione S. M. E.
En Madrid, a 16 de abril de 1610.
LOPE DE VEGA CARPIO.

LOADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

En la mismo hoja, a la vuelta:
Examine esta comedia, cantares y entremeses della, el secretario
Thomás Gracián de Antisco, y dé su censura. En Madrid, a 27 de abril de
1610 años.-Una rúbrica.
Esta comedia, intitulada La Encomienda bien guardada, habiéndola
visto también representar el señor licenciado Tejada, del Consejo de Su
Majestad, etc. y otros señores, se puede representar. Madrid, a 16 de
junio de 1610.-THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.
Podráse representar esta comedia de La Encomienda bien guardada,
atento que yo la he visto representar y otros señores. En Madrid, a 16 de
junio de 1610.-Rúbrica (la de Tejada, probablemente).

Vista y examinada esta comedia por el licenciado Melchior Mirante y el licenciado (lo que sigue está ya escrito en la hoja siguiente) Benito de Gálvez, fiscal del reverendísimo arzobispado de Sevilla, hallamos no tener cosa contra la Santa Fe Católica; y así, se puede representar. Fecho en Sevilla, a veinte y nueve de mayo de 1611.-EL LICENCIADO BENITO GÁLVEZ.-EL LICENCIADO MELCHOR DE ALMIRANTE. -Gratis. Por mandado del señor Vicario he visto la comedia intitulada La Buena Guarda, y no tiene cosa contra la Santa Fe ni costumbres; y así, se le podrá dar licencia para representalla al autor. En Madrid, a tres días de noviembre de 1614.-EL LICENCIADO LUIS TREVIÑO. El licenciado Alonso de Illescas, teniente de vicario general de Madrid, por la presente doy licencia para que se represente esta comedia, que se intitula La Buena Guarda, atento que nos consta, por el examen que de ella se ha hecho, que no tiene cosa contra la Fe ni buenas costumbres. En Madrid, a tres de noviembre de mil y seiscientos y catorce años. -EL LICENCIADO ALONSO DE ILLESCAS.